

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

*Alta infidelidad
y los espejos cóncavos*

RAYMUNDO RAMOS





veteranos de las guerras de Texas. José Antonio fue ayudante de Santa Anna en los días de la lucha contra Barradas y su secretario particular en la campaña de Oaxaca.

—Te acuerdas cuando vestiste de monje en el Convento de San Francisco —evoca risueño Valencia. Y el otro mueve la cabeza afirmativamente. Está fresco y despejado: durmió dos horas y media bajo una sombra de álamos. Tú siempre tan revoltoso, *Pepetoño*. Estuviste ¿o no? del lado de los texanos.

—Pero siempre he sido federalista, *Gabo*, lo que pasa es que Bustamante es como un caracol, ¡baboso y arrastrado!, Chema Tornel un lameflautas y Filisola un general de papel.

—¿Qué hubieras hecho *Pepetoño*, si tú agarras a Santa Anna?

—Lo mismo que él conmigo, fusilarlo; pero *Quinceuñas* es lento e indeciso: él me manda fusilar tres horas después de la captura. Yo lo hubiera fusilado tres minutos después... ¿O fuiste tú, *Gabo*, el que me dejó dormir?

El general Mejía regala su reloj y ocho onzas de oro al capitán Montero, quien lo capturó. Reparte ocho pesos de plata entre los soldados del pelotón; coloca una mascada de seda en el suelo y se arrodilla. Dos lámparas de aceite lo iluminan. Valencia da la orden. Son las ocho y media de la noche. El general Mejía acaba de cumplir cuarenta y nueve años.

II

Muertos y heridos de La Blanca fueron hervidos —“no podemos curarlos, tampoco dejarlos aquí, ¡pobrecitos!” —en pailas y peroles para hacer jabón— “para que entren al cielo bien lavaditos de pecados”. En el palo con que se meneaba el caldo de huesos y piltrafas humanas quedaban prendidas medallitas y otras cosas.



El globo terráqueo en la punta de un dedo

A Eugenio Méndez

Mariano Leal murió sin justo reconocimiento. Atacado por una enfermedad tropical, bella y terrible: la cromoblastomycosis. El hongo —teñido de fascinantes colores en la platina del microscopio— devora a los infectados por pies y manos: sube en cordones de cristal —perlas de agua— por los tejidos e invade la materia conjuntiva y el tegumento orgánico. El individuo se muere por sustitución vegetal de la estructura músculo-esquelética.

Así el ingeniero Leal, hombre de talento y sensibilidad que —contra lo que suponía Mauricio Magdaleno— no era guanajuatense sino del Estado de México, pero emparentado con sanmiguelenses ilustres. Los Leal —por no sé que vericuetos de la parentalia— eran deudos directos del general Vicente Riva Palacio, hijo del gobernador mexiquense don Mariano, de los mismos apellidos, el defensor de Maximiliano en Querétaro, y de la poetisa Dolores Guerrero, la hija de don Vicente, el epónimo de Tixtla.

Afirmaba don Mauricio, el fibrudo novelista de *El Resplandor*, que la clave de todo fue el erudito señor Leal. Se refería al tiempo y a las circunstancias en que llegó Vicki Baum a México. Parece ser, a su vez, que fue la escritora Emma Godoy (guanajuatense, ella sí) la divulgadora de la especie sobre el trato entre el ingeniero Leal, que vivía frente a la presa de la Olla, y la escritora austríaca. Sea como fuere, Vicki Baum se hizo de los papeles de un legajo, reunidos pocos años después del asalto a la rica ciudad minera por las chusmas del Padre Hidalgo. *El ángel sin cabeza*, la novela que Vicki Baum sacó de un ignorado archivo de Guanajuato, figura en un repertorio de excepción. Tal vez el del ingeniero Leal. La novelista austríaca leyó papeles, se enamoró de la historia y se impregnó del sentido social de la época.

Hoy, el hilo desgastado pero visible —simple tecnología de Teseo en el Laberinto— resulta seguible en la correspondencia de Alicia



Thompson, amiga de aquella apretada macolla de intelectuales de provincia. De esta pequeña intriga de polvo, dos hechos resultan irrefutables: a) que la novelista –muerta en 1960– escribió el fragmento de la “muerte de Villa” (encontrado entre los papeles póstumos de Alicia) y b) que el viaje a México de la Baum fue en 1940, poco después de que se radicó definitivamente en Hollywood. Tenía, entonces, sesenta y dos años. Vivió en San Miguel Allende una temporada y le dejó a la Thompson dos manuscritos: uno, la variante abocetada de un texto que apareció en *El ángel sin cabeza y El Generalísimo* (cuadro de Hidalgo ante el cadáver de su amigo el intendente Riaño, en la Alhóndiga de Granaditas), que nunca se publicó. Los nudos de la trama y la urdimbre históricas se juntan, a veces, como en la punta de un dedo los giros del globo terráqueo.

Del asesinato considerado como una necesidad

A Henoc Valencia

Mi libro era la excelente edición de *Pablo y Virginia* (la castellana, publicada once años después de la original) de Jacobo Bernardino Enrique de Saint-Pierre, en la pulcra traducción de ¿José Miguel Aléa? (Madrid, Pantaleón Aznar, año 1798) con dos láminas al acero de un buril muy delicado, con “negros aterciopelados”, tan bellos, por lo menos, como los de la edición de 1843 de José Mariano Lara, con tipografía de caracteres británicos didot e ilustraciones sacadas de piedras litográficas de grano muy fino. El mío es más antiguo y aunque sin marca, su papel verjurado es noble. Lo presté por burro. Hube de presionar al interfecto para que me lo regresara. El libro (24 x 34 cms) venía subrayado con tinta gruesa que empastaba el ojo de la limpia tipografía, y en la portadilla, una circunferencia ocre dejada por el culo de la taza de café. No pudo responder a la reclamación, porque lo atravesé de glotis a colodri- llo con el tipómetro de acero que tenía a la mano. A empujones le



entraron setenta y cinco líneas ágata. Es cierto que —como dijo el ictiólogo Aléa al frente del texto— “el incienso de las dedicatorias suele oler, por lo común, a lisonja”. Yo, sin embargo, le dediqué —agradecidísimo— mi ejemplar al abogado que me salvó del pudridero de las bartolinas, alegando *insania bibliográfica*.

El fruto de la higuera

A Dietli + nd Döring

Después de la aparición de los Vedas los sabios hindúes se dieron a componer comentarios sobre himnos sagrados, durante cientos de años; a estas composiciones o escolios filosóficos se les llamó Upanishads, y se comenzaron en el año 700 a C. Su nombre deriva de las palabras sánscritas, *upa (ni)*, que significa “cerca” y *shad*, “sentarse”, porque sus enseñanzas —anteriores a la generalización de la escritura— se transmitían oralmente en los círculos de estudiosos sedentes que escuchaban al maestro.

Los Upanishads tratan sobre la naturaleza del Universo y el alma humana, así como sus relaciones de afinidad; buscan la expresión de la verdad sin tratar de imponerla y las múltiples posibilidades del comportamiento. “¿De dónde venimos, quiénes somos y a dónde vamos?”, se pregunta de mil maneras distintas en estos textos sapienciales. En ellos se concilia el conocimiento del antiguo panteón védico, pero tratando de encontrar la unidad en la diversidad. Todos los seres humanos, la materia corrupta y los dioses se derivan de un espíritu universal al que llaman Brahma. Brahma es la Esencia Divina, el principio activo de la creación y el Universo en su totalidad se relaciona con el yo (que es el asiento del alma humana): el *Atman*, cuyo espejo de significar dice *Tat tuam asi*, “yo soy eso”.

Un día, el padre de Svetaketu le dijo a su hijo: “Tráeme el fruto de la higuera”.

—Aquí lo tienes, señor.

—Ábrelo.



—Ya lo hice, señor

—¿Qué ves?

—Unas semillas muy pequeñas, señor

—Abre una.

—Ya lo hice, señor

—¿Qué ves ahora?

—¡Nada, señor!

—Hijo mío, lo que no ves es la esencia de la higuera. En esa nada está la forma del árbol corpulento: el espíritu invisible que habita el alma de las cosas. El yo de lo existente. Y tú eres ese yo, mi querido Svetaketu.

La de los ataques

—¡Ay! , don Apolonio, no me dé usted mas vino que me voy a poner loca.

Pero se empujó otro vaso y ya estaba colorada como tomate. Sacó la lengua e hizo bizcos de gárgola. Luego se alzó la falda y se puso en cariatide: los brazos en alto y con el ruedo del vestido tapada hasta la cabeza. Así se estaba, quietecita, en medio del festín y del baile: los calzones blancos ceñidos a las pantorrillas por lacitos de seda, y las medias —que se llamaban de popotillo— color carne, en tautología succulenta.

Don Apolonio la fue empujando entre la concurrencia como a repollo o coliflor —tal vez como alcachofa— al tiempo que decía:

—Con permiso, por favor, con permisito, que a Maricela le ha dado otro ataque de vergüenza y la tengo que llevar a su casa.



El arte de matar dragones

*Para Diego y Mariana, como una cita en
la dedicatoria*

La fábula viene en la memoria colectiva y florece en la sonrisa. La edad de oro de la fábula china se localiza en los siglos III y IV de nuestra era: a este período se le ha llamado de los Reinos Combatientes y uno de sus más notables representantes es Chuan Dse. De él es el texto sobre *El arte de matar dragones*, que aquí reproducimos con un apéndice moralizante.

"Chu Ping-man fue a Chili Yi para aprender a matar dragones. Estudió tres años y gastó casi toda su fortuna hasta conocer a fondo la materia.

"Pero había tan pocos dragones que Chu no encontró donde practicar su arte." Chu Ping-man no se desanimó. Tenía que recuperar su dinero e invertir su sabiduría: decidió poner una escuela para enseñar el arte de matar dragones.

La escuela del papagayo

Para Sergio Montes

La escuela del papagayo es parábola triste de la educación libresca, debida a la sabia sutil pluma del poeta bengalí Rabindranath Tagore. Habría que leerla. Es breve y melancólica porque nos recuerda a tantas generaciones de alumnos que pasaron por las aulas sin ver la luz de la inteligencia por culpa de sus maestros. Empieza así: "Érase una vez un pájaro muy ignorante. Sabía cantar, pero jamás aprendió a recitar nada de memoria". Los sabios y los guardianes lo quisieron educar: lo enjaularon, lo encadenaron y le dieron a comer todas las lecciones de la sabiduría. Cuando murió, el rajá apretó el cuerpo del pájaro: únicamente crujió su relleno de hojas de libro. En sus *Recuerdos* Tagore comenta: "El objeto principal de la



enseñanza no es interpretar los términos, sino llamar a las puertas del espíritu. Un niño al que se pregunte lo que experimenta cuando se llama así a su puerta responderá seguramente una tontería, pues lo que pasa en él es mucho más grande que lo que puede explicar. Cosa ésta que ignoran las gentes que se fían de los exámenes para medir los resultados de la enseñanza”.

El animal de la esperanza

Para Milán Moisés

Cuenta una anécdota de los Reinos Combatientes que un hombre perdió un concurso de dibujadores de serpientes porque pintó en el polvo una serpiente con patas. Durante la noche vino el viento oscuro y borró las líneas ondulantes de la serpiente, y también borró sus patas, que eran como esquejes de higuera clavados sobre la panza. El hombre pensó al día siguiente que la serpiente se había ido caminando, y fue y le dijo orgullosamente al juez: “las serpientes sí tienen patas.” Y se sentó a esperar su regreso en el portal de madera. Así murió de viejo. Nunca supo que había dibujado al animal de la esperanza.

Acotaciones en un cuaderno escolar

En 1906 Proust naufraga en el aire enrarecido por fumigaciones y narcóticos en su cuarto del boulevard Hausmann: el asma lo ahoga y le complica los bronquios. Apenas si tiene tiempo para escribir. Termina sin embargo, *Contra Sainte-Beuve*, crítica anovelada que, según el editor de la correspondencia del crítico francés, Juan Bonnerot, no es un libro: “Es el sueño de un libro.” La obra de Saint-Beuve —escribe Proust— no es un texto profundo. Su famoso método consiste en no separar al hombre de su obra: carga con el escritor a costas para echarle la responsabilidad de que él explique lo que Sainte-Beuve es incapaz de interpretar.



Charles Sainte-Beuve (París 1804-1869), médico, llegó a ser considerado el más perfecto crítico del siglo XIX, aunque un modesto y limitado creador (su única obra de ciertos alcances es la novela *Volupté*). Trató de escribir —según sus propias palabras— “la historia moral de los espíritus”, apenas si alcanzó a redactar la *Historia de Port-Royal*, y no fue poco. En ella consumió más de 20 años (1840-1860) y se extendió en seis volúmenes. Es todavía considerada como el documento fundamental para el estudio de Pascal y el jansenismo. Sus crónicas literarias aparecieron en la *Revue de París* y en la *Revue des Deux Mondes*. Se recogieron en varios tomos, entre los cuales figuran las famosas *Causeries de Lundi* (1851-1869). Dejó sin publicar unos malévolos *Cuadernos*, donde anotaba intimidades comprometedoras sobre personas de su tiempo. Pero Sainte-Beuve no es nuestro propósito.

La noticia de la AFP aparecida en el *Journal of the American Chemical Society* decía: “Investigadores suecos y estadounidenses lograron sintetizar las moléculas del Leucotrieno C., causante del asma; los químicos del Instituto Karolinska y de la Universidad de Harvard dijeron que éste era un paso muy importante en la cura del mal.” La información la leyó Alfonso Reyes el 18 de noviembre de 1924, exactamente dos años después de la muerte de Marcel Proust, en un maltratado ejemplar de *Le Gaulois*, encontrado en el mismo departamento en que el novelista francés había pasado los tres últimos años de su vida, lugar al que fue a vivir Reyes durante su estancia en París: era el número 44 de la calle Hamelin, en el quinto piso. El cuarto conservaba aún el aire enrarecido por los polvos medicinales quemados en el encierro. ¿Hausmann o Hamelin? Lo cierto es que la molécula de Leucotrieno C. fue descubierta cincuenta y seis años después de la supuesta aparición de la noticia en *Le Gaulois*, esto es, el 18 de febrero de 1980, y veintiuno más tarde de la muerte de Reyes.

Proust dice de su *Jean Santeuil* (novela de mil páginas, que permaneció inconclusa e inédita hasta su publicación póstuma de 1952): “Este libro no ha sido jamás hecho: ha sido cosechado.” La



afirmación vale por una teoría de la novela. La novela tiene un crecimiento orgánico y una estructura vital, sólo predecible en sus grandes líneas compositivas —igual que la realidad—, nunca en sus detalles de crecimiento. El sueño interior de Proust —dice Robert Escarpit en su *Historia de la literatura francesa*— es “un sueño bien despierto”. La lucidez onírica preside su escritura.

Este texto escrito hace catorce años, con sus motivaciones y párrafos superpuestos —sin una estricta conexión lógica—, lo encontré al frente de unos apuntes escolares sobre Proust y la novela francesa. Lo doy a luz sin mayor explicación ni enmienda y dedicado a mi madre muerta por el asma (sin aire, como dentro de una campana neumática), que era lectora asidua de Proust y de Sainte-Beuve.

El teólogo

El hombre alto, delgado —ahuesado en su flacura— forrado de piel amarillenta (como apergaminada) se irguió en la cátedra de parota o palofierro tallada con pasajes bíblicos y reanudó el hilo de su argumentación: lo devanó delgado, en consistencia dialéctica de demostraciones —*disciplina bene disputandi*— y lo remataba a intervalos convenientes con citas latinas de la patrística y la escolástica. Los sínodos escuchaban con gravedad las complicadas series silogísticas, que de Aristóteles venían e iban al resumidero arenoso de Pedro Lombardo y al *Sic et Non* de los descartes rigurosos de Abelardo; por los vitrales del claustro se filtraba el goterón de sangre de una llaga emplomada, que lentamente lamía el lítote vinoso del ocaso, y después hervía a fuego manso en los reflejos occiduos de un sol que se iba haciendo negro. Cayó la noche y transcurrieron las cinco partes de su gradual oscurecimiento antes de llegar al dilúculo, y al Teólogo sustentante aún le faltaban los últimos *ergos* de su demostración magistral. Sobre aquella audiencia de cera descendió —en pureza inmaculada— *un rayo de tinieblas*.



Un esquema no resuelto

Ayer jugué ping-pong hasta la una de la madrugada con un fuerte mocetón —mi discípulo—, que en vano intentaba dejarse ganar. Mi orgullo y la euforia alcohólica de muchas botellas de mosela enfriadas para bajar la temperatura del cuerpo se lo impidieron: (le llaman el síndrome de Korsakoff). Vaciaba las copas de Lalic de tallo hueco, clepsidras del torneo, con una elegancia de prestidigitador. Más tarde habría de incursionar (barco ligeramente ebrio) en la guardarropía: traje gris de perla, en traducción diazmironiana, para una cena absolutamente formal de sexagésimo aniversario, en armonía con la barba entrecana y la sonata didáctica de François Couperand, *le Grand*. Día 7 de julio: san Fermín. Hablé con la madre de mi hija (por teléfono) a París. Ahora tiene cincuenta años. La conocí cuando tenía trece. También me gustaba su hermana de quince. A mí me agradaría verla de nuevo, pero ella, no a mí. Prefiere que la recuerde de trece. “Eres un cínico” —me decía—, casi como invitación erótica. Y yo le respondía —un tanto para templar sus ardores otoñales—: “Más bien un estoico”. Una vez tardé 20 años en traducir un poema de Baudelaire: ¡Que bella manera de referirse a la eternidad! Hoy, sólo me interesa el resultado de la próxima partida de ajedrez entre Korchnoi y Karpow. Es otra forma de precisión, de lógica de las relaciones espaciales. La luz de la mañana empieza a cundir y desafantasma mi conversación con el pasado. Todo empieza a tomar el camino de “una ocurrencia incomprensible”. El desfiladero —tema y variaciones— para un caso de identidad mellado por los datos de la realidad inmediata: algo así como el esquema no resuelto para una novela de Max Frisch.

Catauro de palabras

La maravillosa sensación de estar con una mujer bajo la tormenta, al abrigo sólo de un árbol. Pasar las yemas de los dedos por la piel de una bella encuadernación, por los cantos dorados, grabados a



fuego: las excelencias de la prosa papiniana, las dificultades de una traducción, los misterios de la parasicología... y etcétera —como dice imperdonablemente Stendhal en sus novelas—. Lo cierto es que a los sesenta años no se puede ser ya un prodigio de integridad. *Redingote* es galicismo, que antes vino del inglés: *riding-coat* (traje para montar) para nosotros “capote fuera de uso con poco vuelo y mangas ajustadas”; justo con lo que se cubre Peter Schlemihl en *El hombre que vendió su sombra*, el cuento encantador de Adalbert von Chamisso (nacido francés bajo el nombre de Louis-Charles-Adélaïde Chamisso de Boncourt) escritor naturalizado alemán. Más adelante llama *gaznápiro* (palurdo, torpe, simplón, que se queda embobado con cualquier cosa) a un jorobeta, que denuncia la desgracia de Peter ante la malévola chiquillería: el no tener sombra. ¡Habrarse visto semejante regocijo de los “polimorfos perversos”! Con todo, el adjetivo de Chamisso —o de su traductor argentino— es inaceptable aplicado a la malicia móvil —ardillesca— de los contrahechos. Tal vez *eutrapelia*, que es sinónimo de donaire y jocosidad, aunque dicese también de la virtud que modera el exceso de las diversiones y, en este sentido, se asemeja a templanza. La Fontaine, el personaje de *Bearn o la sala de las muñecas*, del mallorquí Lorenzo Villalonga, posee *eutrapelia*: no tenía dignidad, es verdad, pero sí gracia. El fleco de la lengua, sin anudar, posee texticidades de oralidad inacabable: trama y urdimbre para el tacto gozoso: un puro deshilado de palabras...

Noche analítica de la información

Para Jaime Enríquez Félix

La alabanza no prueba más que nuestro propio gusto. Mientras no se disponga de un mecanismo objetivador del proceso de la escritura, esto es, de un análisis del texto mediante un modelo de aproximación a la forma y de un ajuste a la semántica del mensaje, sólo se dispondrá de un espejo impresionista en el que se refleja la



imagen de la propia escritura sujeta al deseo; un oscuro objeto del quehacer creador en el que depositamos la honra de perfecciones nunca alcanzadas. Véase, por ejemplo —lectura elocuente de una ponderación ajena en pluma propia— el fragmento que le dedica W. Somerset Maugham en su *Carnet de un escritor*, al estilo de Matthew Arnold. Al que califica de “claro, simple y preciso”. Pero, en resumen, ¿qué significa *claro, simple y preciso* sino las cualidades que Maugham buscaba en su propia escritura?

Así era el texto suyo —pensó Diógenes Chaparro Amézquita—, que llevaba por sólo título en veinticuatro puntos (*gòthic antique*), reproducido en impresora láser: *La izquierda en México*. Fichas enhiladas de un largo espeso informe policial —*claro, simple, preciso*— del Centro de Inteligencia Secreta: Escudo Nacional (CISEN), que circulaba entre la élite de los Juncos Ordenadores de Delación y Denuncia (JODYD) cuyos miembros iban agregando, de puño y letra, datos consignados en su afanar constante por las redes ocultas: las que formaban los nudos urbanos de la guerrilla alimentadora de las rebeliones campesinas. Cuando uno moría, se añadía simplemente: “torturado y muerto en Lecumberri” (claro, eso antes, cuando El Palacio Negro funcionaba como expolio y lítote y no archivo de agobios nacionales): o bien, “ajusticiado en la casa de seguridad tal y cual. (Ocosingo o Nepantla)” Y luego nombres o iniciales al gusto: una *historia verdadera* de la crítica social en México, escrita a muchas voces, por los más conspicuos investigadores del subsuelo.

El CISEN es un edificio de siete u ocho pisos enterrados (como un rascainfernos que se hunde entre la arena movediza y la roca viva) en una parte del casco de lo que fueron las fábricas textiles de La Hormiga. Edificio de estratos inversos donde se confeccionan intrigas profesionales de tiempo completo; allí los conjurados firman nóminas, destruidas quincenalmente y encargadas a misteriosos pagadores, nunca los mismos. Sus miembros son traidores eruditos, y sus servicios contratados por agencias especializadas de otros países. Ni una hoja de roble se mueve sin que alguno de



ellos esté implicado en la planeación de un destino pavoroso. Puede ser un miembro de su propia familia. Tal vez el inocente tío —que cloquea con sus inofensivos dientes de baquelita— pero que desde hace tiempo —¿no lo ha notado?— gasta unos extraños bonos de jubilación como marinero borracho.

Esto no tiene remedio, el país nuestro se afantasma a pasos agigantados en medio de la más alta tecnología de punta, en tanto que nuestros investigadores, que antes eran incapaces de descubrir a un escandaloso ebrio disparando su pistola en la Plaza Garibaldi, hoy participan de la más *sofisticada* noche analítica de la información.

La objeción de Butler

A Juan Carvajal

—El asunto es de higiene lógica —explicó el profesor al exponer las objeciones de Bishop Butler al problema de la *identidad* de John Locke. Esto es, la refutación de la *First Dissertation* a los *Essay*. Después abrió la ventana del piso superior y poniendo un pie en el alféizar —como el caballero que en el fondo del cuadro de *Las Meninas* se dispone a abandonar la estancia— dijo a manera de conclusión: “En un mundo más estricto, todos seríamos fantasmas”. Y salió volando.

Venecia para siempre

Para Beatriz Eugenia

De Julia Almírez recibí una tarjeta postal en diciembre de 1993. En realidad no era un tarjeta postal sino una fotografía en ese formato, donde aparecía ella rodeada de palomas —con la insistencia vulgar de su temperamento melodramático, que nadie sabía, menos ella que nadie, que le había de costar la vida— en la Plaza de San Mar-



cos. Eran nubes de palomas grises, como afectadas de tiroidismo exoftálmico: verdaderos buches con alas ya casi incapaces de volar, que se le posaban en los hombros desnudos y en la melena ensortijada por miles de tirabuzones de seda negra, como un autorretrato de Durero, pero trabajado en ébanos y lácteos. Julia contrajo una extraña enfermedad transmitida por las palomas que la llevó —a finales de ese mismo año— al cementerio insular (que es como un aguazal de huesos y raíces en la emplomadura de un diente) entre Murano y Venecia. Alguien me informó —tal vez para exacerbar mi dolor en aquella orfandad de distancias—, que pidió la enterraran desnuda, profusamente ataviada de collares, pulseras y anillos de cristal murano como caramelos de vidrio goteando luces en los rasos del ataúd. Desde entonces recibo —todos los diciembres— una postal con su firma, como si estuviera todavía de vacaciones en Venecia.

Los cazadores del Yukón

Era la oportunidad de verla. Matilde —rubia, casi antártica, con ojos color de fiordo— la novia de la preparatoria: la única, la deseada, la que me decidió por la filosofía y rompió —como un platón de cerezas en almíbar— el tabú de las serenatas nunca llevadas. Esa noche (su santo, un 16 de junio) con el trío de moda en la Del Valle, toda la facultad cantó *La gloria eres tú* y *Anillo de compromiso*. Pero no; de ahí a poco ella se decidió por un abogado recién titulado y yo me enfangué en la metafísica nicoleana como en el oprobio de un destino irreversible. Después di clases en la universidad y de ahí a poco entendí que la vida es un pasatiempo mortal hereditario. Esa versión, por lo menos, se la transmití a mis hijos.

Hoy nos invitó a cenar un amigo mutuo. Era el triángulo social tanto tiempo esperado: en la casa de los Martínez Marín estarían el licenciado X y su señora esposa (la Gloria eres tú y los Tres Diamantes): por fin iba a saltar de las notas del pasado —cuarenta años de incertidumbre dolorosa— el fantasma de un recuerdo rebullendo en



la escudilla de sangre del presente, para beber y encarnarse... ¿Cómo sería hoy aquella frágil cervatilla destazada por la navaja del tiempo, en forma de espejo y guillotina, de los cazadores del Yukón?

—Entonces vamos, me apremió mi amigo.

—No, me siento indispuerto, mejor me quedo.

Los hombres del aire

Para Alta, esta visión del pasado

Al filo de la luz, como pisando sobre la raya del horizonte iban los hombres de overol: caminando en la franja morada del crepúsculo —levitando en la atmósfera— moviendo su brazo al compás de un trabajo ignorado, invisible por la falta de peso y de piso, y con las nubes —preñadas en rosas y en azules— al alcance de las manos.

La tía Paulina dijo, sin asombro pero con una cierta apacible inquietud, tal vez sin necesidad de explicaciones:

—Mira, allí van los hombres caminando en el aire.

Nadie se tomó la molestia de levantar la vista. Aquella era la hora del crepúsculo: mientras el café humeaba en los pocillos vidriados de la mesa y la tarde agobiada discurría por las ventanas altas del comedor. “Los hombres caminando en el aire”. La pura magia del sol, ambiguo, declinante, como su cerebro acostumbrado a hechos insólitos, de una videncia superior, atenta al tráfigo de las puras cosas cotidianas.

Vapor luminoso y radiante

Para mi abuela, Lola, y para mis hermanas (Chelo, La Güera, La China y Elena)

Al final del patio de tierra, pasando el brocal de adobe (de carretilla chirriante y tapado con tablas), detrás de la higuera, siempre están los excusados de pozo: en pares. No es posible eludir la pes-



tilencia moral y el miedo de ir solos por las tardes, cuando todos los arbustos son *bultos* y los ladridos *sombras*. Una hora más y la luna pinta de estaño las macetas. El aire chista primero sobre las bardas y luego, acañonando los hoyancos y ramazones, silba, y por febrero y marzo —loco de transparencias— ulula nombres cortos y populares, nunca aristocráticos ni complicados. Sale detrás de un granado sin escarmenar y susurra por los matojos: *Lola*, *Lo-laaa*, o *Lupe*, clarito como tirabuzón de lengua húmeda en las orejas. Luego vemos la mano manca de un tendadero que nos hace señas y esto es suficiente para ponerle alas a los talones.

Abajo de la sábana no hay nada. Sólo la materia afantasmable —ya de suyo sabanosa— pero, como dice Ricardo Garibay, los fantasmas son “radios enloquecidos” que “arrancan desde ninguna parte”. Porque el fantasma —han de dispensar el tecnicismo— no tiene centro ni esquinas: es vapor luminoso y radiante.

—Oye, Cata, ayer pasó rodando por todo el corral una como bola de fuego y berreaba como marrana en brama. Y cuando Rodolfito fue al servicio, un como hilacho de pólvora se prendió entre los mezquites. Hay que ir por el padre Lencho o aquí vamos a terminar todos panzones de mierda, con el fundillo tapado.

El Fantasma del Correo

A Pancho Liguori, el memorioso

Era una loca, no un fantasma. Pintada en su cachondería proecta como paleta egipcia: los cinabrios rivalizando con los jaldes de cadmio y los cabellos fumigosos; la máscara india —más totémica que ritual— acababa por ser, en el súbito relámpago de la cercanía imprevista —el espíritu solvente de la arruga amorosa— más fantasma que loca. En el costado del Palacio Postal (siempre al abrigo mortecino de las últimas tintas del italianismo renacentista de la capital del medio siglo) asaltaba a los paseantes (bullangueros incautos) para plantarles un beso desdentado como calimbo de cra-



yón en la boca no hurtada. Se le conoció entre el regocijo escolar como *El Fantasma del Correo*. Omitiremos el nombre en homenaje al lugar del recuerdo, donde hoy —sin rubor y sin asco— aceptamos sus apariciones galantes.

La Taquillera

En su cuadrángulo azul habita *La Taquillera*. Así llamada porque a la hora de cobrar nadie se escapa. Es —como dice el refrán— tardada pero segura. Está sentada en un fingido tronco de madera —artesanía firmada: Sergio Cabrera— y parece que chifla, como decimos por acá a quien emite un silbo acanalando los labios (o lo que de ellos queda: *marímbula* de huesos, la chimuela, hace pasar el aire por los dentales descarnados). Nada del otro mundo. O, más bien, sí. Lo que Landsberg llamó *La experiencia de la muerte*: una representación a la que se asoma —barro fantasmal— el *otro*, que es como un yo anticipado o, si se quiere, el yo futuro de la sentencia popular: el “como me ves te verás”. Ésta habita en una pequeña mansión concreta donde —mediante un hábil juego de luces: ¿dispuesto por quién?— la silueta esquelética se refleja en la sanguina de un picador enmarcado en un segundo plano, obra de firma y cobra (siempre cobra) parte de *La portentosa vida de la muerte*. Pero sólo cuando una persona se encuentra sola en la inmensidad de la casa, entonces, una gota de luz —¿venida de dónde?— pega como lentejuela en el cuenco vacío de su órbita y mira fijamente al visitante premioso, es un destello mercurial que arranca de ciertos atavismos del pasado; ello no impide paralizar los corazones mejor organizados. Fantasma azteca, que habita en esa hiperquinesis de obra abierta que es toda artesanía verdadera y subreal de lo cotidiano. Busque —amable lector, invitado especial— en sus bolsillos o en su bolso de mano y no olvide entregar su contraseña a la entrada. Más le vale.



Los hijos de Eva

Evemero y Evodio —los hijos de Eva— eran gemelos. Eva estaba recién muerta. Evemero le dijo a Evodio: “¿La viste? Estaba en el espejo. Era como la fotografía de la sala, pero su cara se movía como si estuviera en un pozo de agua. La trenza se salía del marco y llegaba hasta el piso”. Evodio se tapaba la cara con las sábanas. Evemero se puso malo. Estaba blanco como una hostia. No hablaba. Dijeron que murió de meningitis. Cuando Evodio le vio las manos, las tenía llenas de pelos dorados como si hubiera pelado elotes. En la escuela nadie le creía que había tenido un hermano que se llamaba Evemero. “Ese nombre no existe” —decían— y él no encontró ni un retrato en la casa para enseñarlo.

Secretos

Hay secretos que los actantes del mundo dicen a espaldas nuestras. Nosotros los intuimos aunque los ignoramos. Mis amigos insisten en propalar a los cuatro vientos que soy un gran escritor ¿Entonces —me pregunto en esas tardes vacías en que la meditación trepa por las paredes como la humedad—, por qué no aparece mi fotografía en los suplementos literarios y las editoriales no se disputan mis libros? ¿Por qué no he podido llegar más que a segundo secretario de Embajada en un minúsculo país infestado de rebeliones? He visto con gran preocupación que en los lechos de los moribundos las personas intercambian secretos. Y la verdad, ¿para qué tanta secrecía?



Alta infidelidad y los espejos cóncavos, de Raymundo Ramos (Piedras Negras, Coah., 1934), es material narrativo extraído básicamente de sus colaboraciones periodísticas en el suplemento *Sábado*, del periódico *UnomásUno* ♦ Se divide en dos series: la primera –*Alta infidelidad*–, anclada sobre su propia estructura cuentística (código de apertura, andante informativo y sorpresa final) con apenas la semiótica de una ironía; la segunda –*Los espejos cóncavos*– vencida hacia la experiencia del miniensayo, tiene la curvatura incierta de la realidad sometida a las leyes de la óptica ♦ Una se sostiene sobre el tegumento de la ficción; otra, sobre los andamiajes del punto de vista. Ambas, en el respaldo de su propia forma, como “una escritura blanca, liberada de toda certidumbre respecto de un orden de lenguaje”, según el epígrafe protocolar de Roland Barthes ♦ No se trata de un autor primerizo, pero su obra no había encontrado hasta ahora la cobertura de una editorial de amplia difusión ♦ Para los enterados, sin embargo, su producción no es escasa: *Muerte amurallada* (1958, cuentos); varios libros de poesía: *Homenajes* (1965), *Mar erótica* (1970), *De la primera herencia* (1976), *Escorpión en invierno* (1980), *La prisión y su forma* (1983) y algunas colecciones antológicas: *Memorias y autobiografías de escritores mexicanos* (1967), *El ensayo político latinoamericano* (1981) y *El nacionalismo revolucionario* (1987) ♦ Salvador Novo –ojo certero e instinto crítico– incluye al autor en sus *Mil y un sonetos mexicanos*, y no hace mucho el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (desmintiendo el profetismo telúrico) publicó *La innovación y permanencia en la literatura coahuilense* (1993) de Fernando Martínez Sánchez, que recoge una muestra de la producción poética de Ramos.

